

EL HOMBRE ¿CANIBAL PRIMORDIAL?

EDUARDO CHAMORRO

EN su comedia *Las ranas*, Aristófanes nos sugiere que Orfeo, esa figura o emblema enigmático de la época mítica griega, instó a los humanos a abstenerse de derramar sangre, erradicando la antropofagia de la vida primitiva. En el Génesis, Dios ordenó a Noé que cualquier hombre que matara a otro fuera castigado con la muerte, advirtiéndole asimismo a la Humanidad que no comiera carne de ningún animal que todavía viviera en su sangre. Hace tres mil años, Moisés limitó el consumo de carne. En la actualidad, tres cuartas partes de la población humana se someten a diversas reglas de ayuno: trescientos millones de hindúes se alimentan de forma exclusivamente vegetal, doce millones de judíos observan las leyes dietéticas mosaicas y distintos días de ayuno, cuatrocientos cincuenta millones de musulmanes acatan esas mismas leyes y ayunan durante el mes de Ramadán según sus normas peculiares, doscientos millones de budistas y trescientos millones de taoístas, confucianos y afectos al Shinto observan reglas completamente vegetarianas o se alimentan preponderantemente de pescado.

¿Cuál es la realidad, o el proceso, que subyace tras estas normas que vetan, de una manera u otra, el consumo parcial o total de carne, y que se remontan a la más oscura época de la prehistoria humana? Oscar Kiss Maerth —vegetariano, antropólogo en Sudamérica, Australia y Asia, y recluso en el año 1967 en el monasterio chino de Tsin San, en la provincia de Cantón—, un individuo peculiar, se esfuerza por dar una respuesta coherente a esa cuestión, planteando con ella una hipótesis absolutamente insólita en torno al origen del hombre.

Una teoría que fascina e irrita

Para Kiss Maerth, el origen del hombre es singularmente trágico, pues aquello que lo determinó condicionó hasta tal punto su ulterior desarrollo que ya nada, o bastante poco, se podrá hacer por enderezar las cosas e impedir su desastroso desenlace. Su hipótesis, por más que endeble, y probablemente para algunos irritante, es de una fascinación indudable, y no tanto por sí misma cuanto por la crítica que plantea a la teoría de la evolución natural ya admitida tradicionalmente. El libro en cuestión, *El principio era el fin* (1), resulta de una gran frescura y originalidad, escrito en un lenguaje llano y totalmente asequible, constituyendo, desde luego, un ejercicio bastante original de libertad de pensamiento e impertinencia antiacadémica. Veamos.

Según Kiss Maerth, la cuestión del origen del hombre está expli-

cada por los «científicos» (cuyas conclusiones somete a un zanjeo inefable) de una manera viciada e inexacta, falseando los conceptos de la evolución natural e imponiéndoles las más de las veces de una forma totalmente errónea. De hecho, el origen del hombre no es un problema de evolución natural, sino el correlato de un momento en que en la evolución natural se produjo un proceso antinatural (o, por lo menos, no natural) que condujo a lo que en la actualidad se conoce por *homo sapiens*: en los tiempos remotos tuvo lugar en el cerebro humano un extraordinario proceso por el cual el conocimiento del pasado desapareció en el subconsciente, al tiempo que aparecía una nueva conciencia, naturalmente oscura y aun tenebrosa. Este proceso no constituía una evolución natural, ni sana, sino una verdadera transgresión del orden cósmico natural, en contra de todas las reglas de la Naturaleza, pues se fundamentaba en la manipulación del hombre sobre su propio cerebro. La trayectoria del mono hasta el hombre se jalonó, así, de una serie interminable de actos delictivos contra las leyes de la Naturaleza, que dio como resultado el *homo sapiens*, el loco genial del Universo, cuyo espíritu enfermo se tornaría necesario e inevitablemente en su fatalidad.

El principio del fin

Hace unos setecientos mil años se inició la secuencia que había de conducir a la formación del hombre, cuyo aspecto, trescientos mil años más tarde, ya era bastante semejante al actual. Desde el punto de vista biológico, tal período es de una extraordinaria brevedad. ¿Cuáles fueron las causas que originaron el proceso de hominización y por qué no actuaron también sobre todos los demás monos antropomorfos que vivían en los mismos lugares y al mismo tiempo que los antepasados simios del hombre? En efecto, sólo una especie de mono antropomorfo emprendió un vertiginoso avance que le condujo a que su cerebro aumentara de 400 c. c. hasta un promedio de 1.400 c. c., mientras que su inteligencia y memoria se incrementaba en cien o quizá mil veces. Y para todas las demás especies antropomorfas contemporáneas, la carencia de tal proceso no sig-

nificó desdoro biológico alguno, pues no desaparecieron, luego nada exterior las amenazaba hasta el punto de hacer ineludible una evolución similar a la que iba a producir el *homo sapiens*. Para este problema, considerado como un fenómeno enigmático de la Naturaleza, Kiss Maerth ofrece una respuesta escalofriante: el proceso se vio determinado por la consciente canibalización ejercida por aquel mono antropomorfo sobre sus semejantes. ¿A qué razones obedecía esa canibalización? Aquel antropomorfo descubrió que el cerebro de sus iguales era una droga sexual cuya ingestión, además de aumentar sus

impulsos y fortaleza venéreos, incrementaba considerablemente su astucia, su inteligencia. De ahí que de comer cerebros de forma indiscriminada se pasara luego a ingerir, ritualmente, los de aquellos que también los comían, pues el incremento acumulado por éstos se transmitiría al que los degustara. Cuando hace unos ciento cincuenta años dio comienzo la investigación detallada sobre el origen del hombre, fueron encontrándose restos óseos cada vez más antiguos y de unas características sorprendentes. En aquellos hallazgos, cuyo origen se remontaba a unos cincuenta mil años atrás, por regla general sólo se encontraron cráneos y restos craneales humanos sin el correspondiente esqueleto. También es significativo que en la mayoría de los casos en que fueron encontrados esqueletos con su respectivo cráneo, éste aparecía separado del cuerpo. Casi todos los cráneos aparecieron abiertos a la altura de la nariz. A menudo pudo comprobarse también que el contenido del cráneo había sido raspado con ayuda de utensilios afilados, dado que, a pesar de los muchos años transcurridos, todavía podían verse en las paredes internas signos evidentes de ha-



Cráneo peruano, en el que se observan las huellas de varias trepanaciones.

(1) *El principio era el fin*. El insospechado origen del hombre. Oscar Kiss Maerth. Breve Biblioteca de Respuestas. Barral Editores, 1973.



Festín antropofágico ritual practicado por los indios tupinambas (América del Sur).

ber sido rascadas. Ello parece demostrar que los canibales no comían el cuerpo del hombre sacrificado, sino que por regla general se limitaban a consumir los cerebros.

Pero sólo aquel mono antropo-

morfo comía cerebros; de aquí que la antropofagia se instituyera como mecanismo de «evolución». La ingestión de materias cerebrales actuó decisivamente sobre los mecanismos cerebrales que controlan la actividad glandular, sig-

nificativamente sobre la hipófisis (la glándula pineal, en la silla de montar del esfenoides, detrás de la nariz, hiperactivándolas y produciendo, por interferencia sobre sus funciones normales hasta entonces, dos cambios fundamenta-

les: la pérdida del manto peludo (el mono se desnudó) y la pérdida del dispositivo sexual adecuado para dar a conocer el período de fertilidad de la hembra, mecanismo que asegura el equilibrio y la armonía de las relaciones sexuales en las especies animales, alejando, por tanto, la amenaza de la neurosis. Ahora bien, ningún ser vivo podría soportar la pérdida de dos mecanismos físicos vitales si no se crearan formas artificiales de compensarlos, pues la pérdida de uno solo de ellos ya bastaría para asegurar la aniquilación de toda la especie. De manera que el hombre tuvo que iniciar una serie ininterrumpida de parches para tratar de enmendar los desastres que desencadenaba su funesta acción. Hubo que inventar ropas con que cubrirse, matando animales —cosa que jamás se había hecho— y comerlos para aprovechar las calorías y la agresividad sanguínea que transmitían, con lo que la especie se apartó de su primitivo régimen de alimentación vegetariana. Pero también hubo que regular las caóticas relaciones sexuales bajo el imperativo de que cualquier período era válido para llevarlas a cabo, y en esta cuestión la nueva especie no demos-

LOS TRES NACIMIENTOS DEL HOMBRE

El sociólogo francés Edgar Morin, del cual se han publicado en España varios libros, siendo el más reciente «Las Estrellas», aborda, en su última obra aparecida en Francia «Le Paradigme perdu: la nature humaine» (Ed. Le Seuil), el campo de la biología. Ofrecemos a continuación a nuestros lectores una información acerca de este libro.

Edgar Morin se ha propuesto extraer a las ciencias humanas del "ghetto" cultural en que, por culpa sobre todo de sus animadores, llevan encerradas más de medio siglo. Siguiendo los pasos del psicólogo Moscovici, que, con su "Société contre Nature" (1) inaugurara brillantemente este nuevo camino, nuestro sociólogo se ha fijado los objetivos que persiguió en su día el joven Marx («Manuscritos de 1844») y el mucho menos joven Engels («Dialéctica de la Naturaleza»); como todo el mundo sabe, tanto el primero —desgraciadamente superado— como el segundo —desafortunadamente desconsiderado— esperaban alcanzar la unidad de un

saber que fusionase Naturaleza y Cultura.

En la década de los setenta es evidente que el lanzamiento de tan ambiciosa empresa puede realizarse a partir de nuevas bases: después de un gran salto epistemológico, la biología, convertida en molecular, ha aportado un ejemplo totalmente válido al colmar los fosos que la separaban de la físico-química. La etología, por su parte, ha tendido un puente entre el hombre y el animal, demostrando, por ejemplo, que un gallinero no es un harén informe, sino que representa una jerarquía, la jerarquía del picoteo («pecking order»), casi tan inteligente como la de la Corte de Luis XIV, según nos la describe Saint-Simon. La ecología, a su vez, nos ha hecho considerar al hombre como una simple pieza, más bien destructora que maestra, de ese conjunto global de la Naturaleza que llamamos ecosistema. Así, animado por el placet —implícito al menos— de los Monod, Jacob, Washburn, Edgar Morin ha puesto manos a la obra.

La ambición inicial de Morin, por más que éste no triunfe plenamente en su empeño, es clara: establecer una sociología general de los mamíferos superiores, entre los cuales el homo sapiens sólo figuraría como un primate

que ha tenido éxito en su evolución. El reproche de insolvencia que le hace Morin a la sociología del humanismo desencarnado es un poco como el que dirigía Rétif de la Bretonne a los cartesianos: al ver cómo vivía, cómo vertía lágrimas, cómo amaba el perro de la granja de su padre, Rétif llegó a la conclusión de que Descartes se comportaba como un zopenco cuando hablaba de animales-máquinas. Y al menos en un punto (la anécdota del perro que llora), Rétif se adelantó a una de las intuiciones fundamentales de Lorenz.

Más afortunado que Rétif, Morin ha podido utilizar para la primera parte de su libro una serie de trabajos recientes en torno a los chimpancés. La idea de hombre, nos dice más o menos el autor, puede modificarse, porque también ha sufrido modificación la idea de mono: entre los primates más próximos al hombre existe una estratificación de edad y sexo —castas de machos adultos, bandas de jóvenes, semiginecos—, cuya estabilidad nos obliga a reconsiderar los fenómenos análogos que encontramos en el hombre. ¿Y qué decir de esos simios pseudo-homosexuales que para presentar a un superior sus respetos hacen el gesto de ofrecerle humildemente el trasero? ¿O de esos pseudo-tíos o pseudo-

tatas, también primates, que para ganarse el afecto de una alta personalidad del grupo se dedican a cuidar de los hijos de ésta casi como si se tratase de sobrinos?

PRIMERO FUE EL HUEVO

Algunos simios pueden llegar a constituir núcleos criptofamiliares que van hasta la prohibición del incesto entre madre e hijo. Morin cita también la práctica del despioje simiesco (y humano) como expresión de afecto; el empleo de herramientas ocasionales por parte del chimpancé; el descubrimiento de innovaciones a cargo de los jóvenes macacos y, por último, la desigualdad social, que llega a la explotación (japonesa iniciada!) del mono por el mono. Después de todo lo cual, Morin proclama, siguiendo en esto a los etólogos, que entre la sociedad humana y las protosociedades de primates, no existe únicamente una analogía superficial, sino filiación y afiliación.

Estas ideas se ven confirmadas por los descubrimientos más recientes de la Prehistoria más alejada de nosotros: el homínido de 1,20 metros y 25 kilos, descubierto por los Leakey junto a otros ejemplares algo distintos en la garganta de Oldivai, es un ser extraño, ni hombre ni primate, medio hombre medio primate, y

(1) Véase a propósito de este libro el debate en el que participaron Morin y Moscovici, publicado bajo el título de «Todos somos primates» en TRIUNFO número 527 (4 de noviembre de 1972).

tró, desde luego, ni por vía de la poligamia ni por la de la monogamia, el incremento de inteligencia que la ingestión (pecaminosa) de cerebros le producía. La especie humana ya estaba inserta en el escenario de la tragedia.

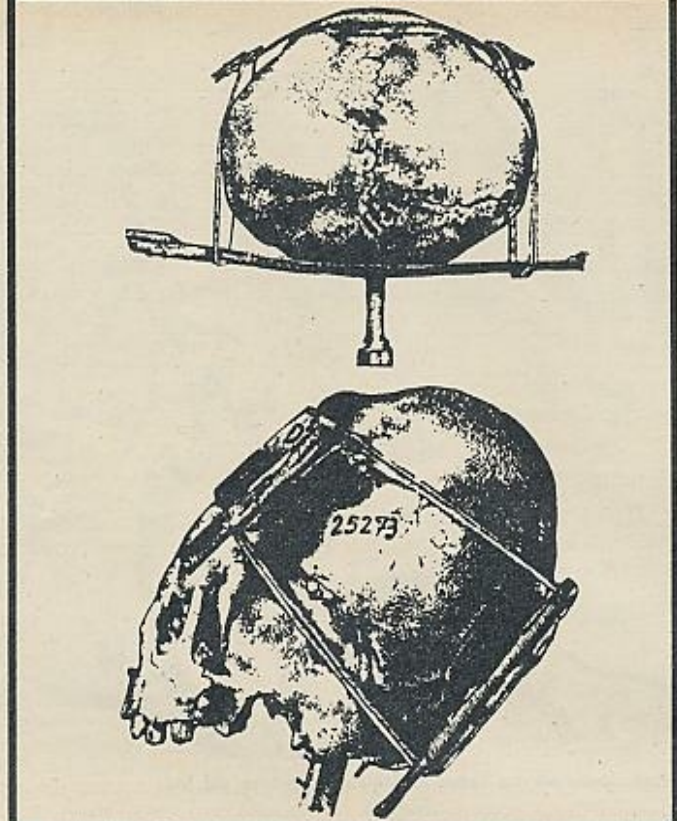
A partir de ese momento, el cerebro empezó a aumentar progresivamente de volumen, a un ritmo que no encontraba parangón con el de la caja ósea que le servía de cobijo. El cráneo comenzó a encorsetar aquella masa que crecía tan desmesuradamente, y una plaga de neuralgias y cefaleas se abatió sobre la Humanidad. El hombre acudió entonces al único remedio a su alcance, y por medios mecánicos intentó ampliar la capacidad de aquella caja ósea cuya angostura hipotecaba su futuro; y como recurso más acelerado, comenzó a practicar una serie de drenajes (a veces hasta siete) destinados a aliviar aquella presión sobre el cerebro mediante la extracción periódica de líquido craneal. Tal es, según Kiss Maerth, la única explicación posible ante la aparición de un número bastante elevado de cráneos con huellas inequívocas de haberseles practicado, incluso repetidamente, la trepanación. Su teoría explica, igualmente, la costumbre de ciertos pueblos de modelar mecánicamente el cráneo, ampliando su capacidad, mediante planchas de madera, así como la mítica existencia de hombres con un cráneo desmesuradamente amplio, como el Chu-Lao chino, e incluso la creencia popular de que una frente amplia y despejada denota abundante inteligencia.

Y la teoría de Kiss Maerth adquiere ahora su sesgo más fascinante, convirtiéndose en apoyatura de una antropología que muy bien pudiera denominarse **mágica**.

La torre de Babel, un símbolo quizá algo indecoroso

En un sinnúmero de religiones de origen mesopotámico, el **lingam** o símbolo priápico constituye un elemento familiar. En realidad constituía la representación emblemática de aquello que, ampliando su fortaleza sexual y mental, igualaba al hombre (2) con los dioses, con los que, además, se comunicaba. En la exposición de Kiss Maerth, la lengua constituía originalmente un órgano de función estrictamente digestiva. Los idiomas, como medio de comunicación, no existían, **no eran necesarios**, pues la especie humana poseía la capacidad de comu-

(2) El cerebro, como droga sexual, sólo era ingerido ritualmente y por los machos de la especie. Por esta razón, el emblema-homenaje era de índole masculina.



Vista occipital y temporal de un cráneo al que se le han aplicado sendas planchas de madera para conseguir la ampliación de la cavidad de la bóveda.

nicación y percepción extrasensorial. El **homo sapiens** era un mono desnudo, priápico y mudo que elevaba a sus dioses enormes símbolos dirigidos al cielo, en homenaje a aquellos poderes que compartía.

La torre de Babel era uno de esos símbolos-homenajes creados por la labor selectiva de los hombres en comunicación extrasensorial recíproca. Pero precisamente en el momento en que se erigía la torre de Babel, el más monumental emblema del desacato inconsciente del hombre ante la Naturaleza, ésta exigió su hipoteca. La presión ejercida por el cráneo sobre la masa cerebral, aparte de los dolores que ya venía produciendo, desequilibró la actuación de diversos mecanismos, entre ellos la comunicación extrasensorial y la telepatía. Y el hombre se encontró abortado ante sus semejantes, con quienes desapareció todo vínculo de conexión. Según esta teoría, el fracaso de la torre de Babel no se debió a la confu-

LOS TRES NACIMIENTOS DEL HOMBRE

que, sin embargo, ya construía cabañas y fabricaba útiles. El hombre, como tal, carece, pues, de partida de nacimiento. Una vez más, el "corte epistemológico" entre primatología y sociología no está fundado en principio ni en (pre)historia.

En la segunda parte del libro, Morin esboza, a partir de los trabajos de los especialistas, lo que podríamos llamar, a falta de mejor término, la sociología naturalista de los homínidos. Dicha sociología está jalonada por dos innovaciones fundamentales, que datan seguramente de quinientos mil a ochocientos mil años antes de nuestra era: el fuego y el lenguaje, provisto este último del sistema de la "doble articulación". Esta sociedad homínida, por lo poco que de ella se sabe, unido a lo que se adivina o se reconstruye, es una colectividad de clase única («one-class society»). Los adultos machos, constituidos en grupo monopolista y dominante, mantienen en estado de sumisión a los estratos no conscientes de sí mismos formados por las hembras y los jóvenes. Feto adulto y casi imberbe de primate, el homínido continúa en ese entorno su proceso de complejización sin que quepa hablar en ningún caso de ortogénesis: cuanto más tiempo se mantiene juvenil más cerebral se vuelve. Gracias al lenguaje, la cultura puede funcionar como **banda registradora**, que transmite a la posteridad las innovaciones realizadas por los jó-

venes y retenidas por los adultos.

Sobre la base de los trabajos de Hockett, Asher y Geertz, Edgar Morin dirime el viejo problema del huevo y la gallina, de la cultura y el cerebro. Primero fue el huevo, y no la gallina, nos dice. El nacimiento de la cultura hizo posible la emergencia del gran cerebro humano. Este cerebro, en un mundo de individuos absolutamente privados de cultura, habría sido para ellos un estorbo. En suma, no puede haber hipercomplejidad biológica sin una previa formación sociológica. La hominización es cultural antes de ser genética. Es evidente que Morin se sitúa en realidad muy lejos del panbiologismo del que le acusarán sus detractores.

A partir del último centenario de millares de años pudo por fin producirse el salto fundamental que conduce al **homo sapiens**. Para Morin, las pompas fúnebres y la pintura no son actividades marginales, sino centrales y altamente reveladoras de la nueva originalidad del viejo sapiens, mucho más revolucionario que los homínidos. A través de la sepultura, y a partir del Neanderthal, el **homo sapiens** nos hace saber que ya experimenta la angustia y el sentido de la muerte. La pintura en cuevas y grutas, magdaleniense, señala a su vez la aparición de los mitos, de las ilusiones figuradas, del error destructor y creador y del delirio

ideológico-onírico que representará a la larga el mayor triunfo de la Humanidad, pero también su más grave peligro.

El fantasma emerge del sueño para convertirse en vida. Vegetaciones cerebrales autónomas, los mitos son a partir de ese momento existentes que «se piensan a sí mismos» (Lévi-Strauss). Personaje desajustado por naturaleza, el sapiens está destinado a dar cuerpo a sus propios y delirantes arranques —geniales u odiosos—. En materia de mitología y de religión, Edgar Morin juega al anti-Voltaire. Fundamentalmente, y aunque no crea en Dios, cree en los dioses, en todos los dioses, sean quienes sean, grandes y pequeños. Morin señala además que sólo después de la muerte de los dioses llegan los individuos sacrílegos a dudar de que aquéllos hayan existido alguna vez. Así va tomando cuerpo, desde el paleolítico, lo que se convertirá más tarde en Historia y seguirá siendo hasta el final una torturada amalgama. Una amalgama de la razón más sofisticada y la violencia, la ubris; esa ubris de la que no se sabe exactamente (y éste es uno de los puntos más débiles del libro) si es propia del **homo demens** o si constituye, por el contrario, una exacerbada reliquia de un cerebro primate, incluso preprimate. O tal vez equivalga, como sugiere el autor, al desajuste de estos dos aspectos.

sión de las lenguas, sino al trauma que originó la aparición de éstas. Los códigos de comunicación verbal hubieron de ser creados entonces a partir de pequeños grupos en una convivencia, al principio, lo suficientemente cerrada. La especie se hizo así autárquica de sus pensamientos y proclive a la mentira, pues la comunicación extrasensorial o telepática impedía la ocultación del pensamiento o su falseamiento total o parcial, cosa que la comunicación verbal o escrita facilitaba.

La falacia iniciaba su imperio entre el *homo sapiens*; a partir de entonces la especie humana comenzó a proporcionar testimonios escritos de su existencia. La historia comenzaba.

El legado de los semidioses

Pero no todos los hombres sufrieron el mismo daño. Hubo algunos, en número progresivamente decreciente, que conservaron

aquellos perdidos poderes, realizando con ellos cosas maravillosas y sobrenaturales ante los ojos de los que ya penaban su aciago destino. Esos hombres con poderes sobrenaturales fueron llamados semidioses por unos, profetas o héroes por otros; sus huellas pueden encontrarse en cualquier mitología, pues de hecho fueron sus protagonistas.

Y los semidioses decidieron legar a la Humanidad una clave de lo que había constituido su pasado, así como unas reglas para aminorar los desastres desencadenados. Así surgieron las cosmogonías. Pero el código que empleaban aquellos primigenios amanuenses maravillosos se había de ver sujeto a dos imperativos: 1) las referencias que para ellos habían de resultar tan claras, sólo aparecerían como enigmáticas para los humanos, y 2) aquellas tablillas en las que se contenían los verdaderos prolegómenos de la especie humana serían objeto de sucesivas transcripciones e inter-

EL HOMBRE & CANIBAL PRIMORDIAL?

pretaciones, con lo que su sentido cada vez se alejaría más de lo que habían pretendido sus redactores, los semidioses, los hombres que escribieron bajo el imperio de la voluntad divina. De nuevo se abatía sobre la Humanidad el funesto destino, condenándola a una ignorancia crucial.

El libro de Kiss Maerth finaliza con una interpretación del Génesis de acuerdo con sus hipótesis. Los resultados, como decía más arriba, no pueden ser más singulares.

¿Qué pensar ante un libro co-

mo éste? La teoría de Kiss Maerth no puede ser más endeble, pero tampoco más sugerente, arriesgándose en un terreno ante el que la ciencia siempre ha suspendido su juicio, a la espera de unos testimonios cuya carencia tampoco ha sido capaz de explicar satisfactoriamente. Por otro lado, la coherencia recíproca que, hasta cierto punto, expresan casi todas las mitologías (cosa nada extraña al interesado por las religiones comparadas o la mitografía) halla en este libro una explicación plausible, aunque creo que difícilmente demostrable. En última instancia, nos encontramos ante una hipótesis insólita, arriesgadísima y expresamente dirigida al profano (cosa quizá ambigua, pero que exime de hermetismos «científicos»), a quien corresponde la última palabra. Yo todavía estoy trabado en el estupor, pues lo que aquí aparece sólo es una traducción palidísima de lo que he leído. ■ E. CH.

LA OTRA CARA DEL RIESGO

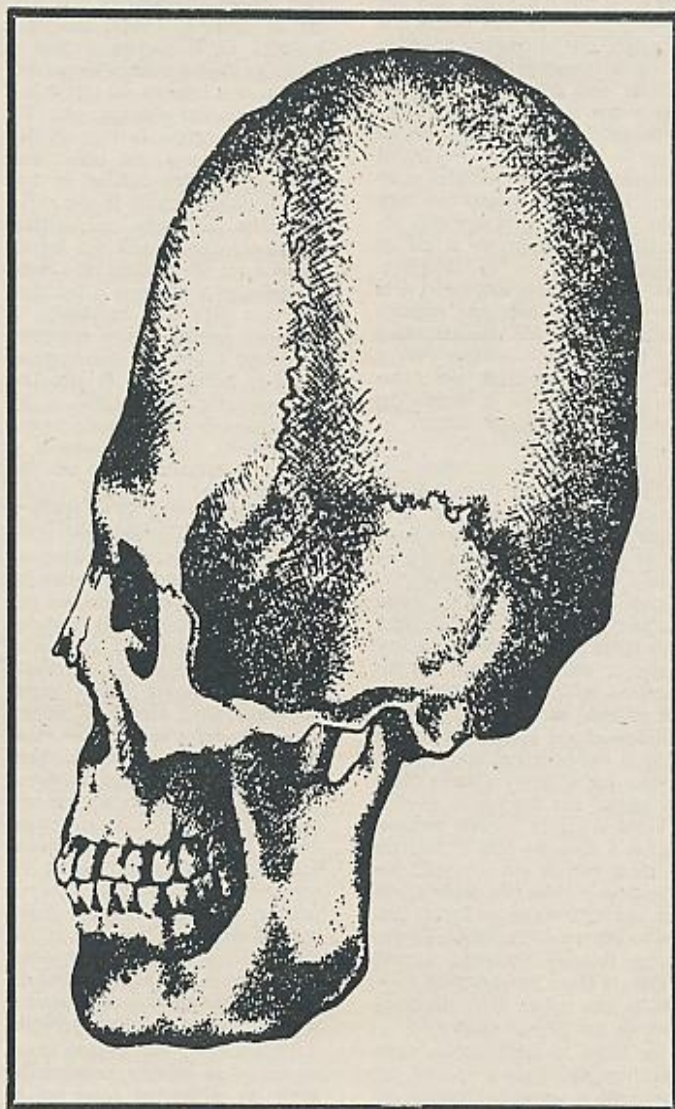
En el transcurso de los mil últimos siglos va formándose lo que Morin califica de "arque-sociedad", es decir, la sociedad humana post-hominida antes de la invención de la agricultura: los hombres pululan por el mundo en pequeños grupos formados por decenas (o centenas) de individuos, llevando consigo, como parte de su equipaje educativo, los invariantes culturales. Una serie de mutaciones aleatorias (¡no biológicas!) debidas a las innovaciones, a los accidentes, al azar, a las guerras, dispersan a estos grupos, y así se constituyen millares de pequeñas culturas diferentes entre sí, que los antropólogos tratan hoy, con más o menos éxito, de reconstruir, basándose en sus restos. La prohibición del incesto, vigente a partir de ahora, bloquea la evolución biológica y confiere al género humano esa unidad en la multiplicidad, esa capacidad de "panmixia" general que sigue caracterizándolo aún en nuestros días.

En el curso de los cien últimos siglos, la agricultura, la ciudad y el Estado representan el tercer nacimiento de la Humanidad. El hombre se complejiza a partir de entonces, integrándose en una Historia a base de ruido y de furia, que oscila sin cesar entre la recaída y el "progreso". Escaldado por el estalinismo, aunque optimista incorregible, Morin continúa creyendo en un cuarto nacimiento de la Humanidad. Hija del nuevo Evangelio, ¿será anarquista, socialista, comunista, la cuarta Roma? Nuestro autor no

nos da una respuesta, pero, como milenarista impenitente que es, Morin gusta de pensar, aunque no tenga demasiada fe, que ese nuevo nacimiento de la Humanidad garantizará por fin la hipercomplejidad y salvará a la Humanidad de los periódicos retornos a la barbarie que tanto han abundado en este siglo. La suerte es la otra cara del riesgo.

Así es este libro, de difícil lectura, que constituye por sí solo el contrapeso de una cierta "Fundación Royaumont para una ciencia del hombre", en la que Morin reúne desde hace años a los biólogos Premios Nobel y a los modestos representantes de las ciencias no exactas, es decir, humanas. Este "Paradigma" irritará a los sociólogos del purismo del hombre, como irritará también a ciertos prehistoriadores, que se frotarán los ojos al ver cómo Morin resucita la sociología del Neanderthal, o del australopiteco, a partir de indicios minúsculos, o cómo comete, de paso, algún que otro error. Sin embargo, conviene que sepan todos esos señores que la interdisciplina, antes de ser fruto del famoso trabajo de equipo, tantas veces deseado pero muy pocas veces realizado, nace de iniciativas individuales.

Chimpancé, australopiteco, *homo sapiens*, hombre del siglo XX, esperaban con impaciencia a que alguien se decidiese a considerarlos en conjunto, desde una perspectiva única. Esto es lo que ha hecho Edgar Morin, y hay que agradecersele. ■ EMMANUELLE ROY LADURIE.



Bóveda craneana ampliada, a efectos de reducir la presión de los huesos sobre la masa cerebral.